

son sencillos, pero sus pensamientos grandiosos y levantados, bien al contrario de lo que despues vemos aplaudir con mas entusiasmo en todos tiempos. Con su sencillez, San Pablo establece mayor número de iglesias que Platon habia ganado partidarios de su filosofia, y hace temblar á sus mismos jueces, á quienes mas de una vez faltó decision bastante para condenarle. Hay en sus discursos, en sus epístolas, una virtud sobrehumana que persuade contra las reglas; virtud que no se trasmite por el oido, sino que penetra en el corazon para movernos y convencernos.

¡Con qué dignidad, con qué vehemencia están escritas sus cartas á los habitantes de Corinto! ¡Qué autoridad en la forma, y qué sublimidad en todo su contenido (1)!

«Generalmente hablando, dice el obispo de Beja, es sentencioso, metódico, lleno de arte y de sabiduría y dotado de una elocuencia particular (2). Los exordios de sus cartas abrazan mucho en pocas palabras y el uso proporcionado de las figuras retóricas no fué desconocido al Doctor de las gentes. El moteja con oportunidad, y llama sábios de este siglo corruptible (notando así las alteraciones de la doctrina) á aquellos mismos que los Rabinos en su proverbio titulaban *Magnates del siglo* (3). ¿De qué efecto no es la hermosa y fuerte hipérbole que emplea dirigiéndose á los naturales de Galacia para que no diesen crédito á doctrinas falsas (4)? La docilidad con que se acomoda el santo á la cons-

(1) «Rerum sublimitatem adæquans verbis sublimioribus, quam ulla unquam habuit lingua humana.» Grocio in I, ad Ephes.

(2) San Agust., lib. IV de Doctr. christ. «Sicut Apostolum, præcepta eloquentiæ sequutum fuisse non dicimus (habla de la profana) quod sapientiam sequuta sit eloquentia non negamus.»

(3) I, ad Corinth., c. II y VIII.

(4) «Sed licet nos, aut Angelus de cælo evangelicet vobis....» capítulo I y VIII.

titucion de los fieles, ¿á quién dejará incierto del talento oratorio de que fué dotado este modelo de predicadores? Proporcionando á sus voces las diferentes clases de aquellos á quienes enseñaba, dirigia á los de Corinto doctrinas ordenadas á la mayor parte de aquella Iglesia, aunque la consideraba incapaz de las delicadezas del espíritu (1). Otras veces, deudor á los sábios y á los bárbaros, era todo para todos, ganando á todos para Dios.

En Roma, como era familiar el idioma griego, aun á los extranjeros que se hallaban en aquella capital, les habló en lengua griega. Por la elocuencia de sus espresiones manifestó su capacidad á los pueblos á quien dirigia su doctrina, y esta se deja conocer tambien en la energía de sus palabras, con las que hace ver á los Hebreos la remuneracion (2) que se consigue por la gracia derivada de la sancion. Por otras muchas espresiones demostró el Apóstol de las gentes que era capaz de sostener la buena causa en presencia de los sábios: manifestó el conocimiento que tenia de las leyes romanas y acciones forenses (3): puso de manifesto, en fin, el estudio que habia hecho de los oradores y poetas, pues santificó algunas sentencias de estos sirviéndose de ellas. La exhortacion que dirige á los Romanos para que unánimes glorifiquen á Dios, contiene una espresion de Demóstenes, como escribe Casaubono (4). Segun Grocio, aquel proverbio que leemos en la carta á los de Galacia, se

(1) Véase la epístola I ad Cor., cap. III.

(2) Ad Hebr., 10, 35, 56, 2. Ad Cor., 5, 10. Ephes., 6, 8. Colloss., 3, 25.

(3) Act. 16, 37. «Cæsos non publice, indemnatos, homines Romanos miserunt in carcerem. Nunc occulte nos ejiciunt....» En la otra parte cuando escribe: «Habentes manentem substantiam, comenta un anotador, quibus rem habet qui jus ad eam.»

(4) Ad Roman., cap. XV y XVI.

hallaba ya en Esquilo, Eurípides y otros (1). El mismo Grotio llama buena locucion griega á una frase del Apóstol, de que usaron los epigramáticos griegos y Luciano (2). Sirvese el santo Doctor para dar mayor fuerza á sus argumentos del hemistiquio sacado de los fenómenos de Arato, del senario de Thaide de Menandro y de la autoridad de Epimenides. Y por fin, aunque no demos á San Pablo una completa instruccion en la elocuencia de los Griegos, con todo no podemos dudar que escribió oraciones elocuentes sin el recurso de autores profanos. Algunas veces es cierto no seria entendido, pero este defecto nacia de los oyentes, en quienes faltaba la disposicion de espíritu, ó habia demasiada flojedad para aplicarse á entender una lengua santa. ¿Qué efectos produjo Ciceron en el hombre aletargado ó en el rústico?

Algunas veces parece el santo defectuoso en el orden gramatical de su oracion; pero en la realidad, si bien se repara, no lo es. Cuando el Apóstol empieza la carta á su discípulo Tito, dice: *Servus Dei Apostolus autem*, sin que preceda *quidem*; pero esto no es falta de instruccion en el griego, porque el *de* en este idioma es tambien conjuncion, aunque tal vez es frase tan enérgica como esta: *Siervo de Dios, como todos los cristianos; mas Apóstol por gracia particular*. San Agustin dá muchas pruebas de la elocuencia del Doctor de las gentes en el capítulo VII del libro IV de la Doctrina cristiana. San Juan Crisóstomo, en el libro IV del Sacerdocio, hace una demostracion de que San Pablo fué elocuentísimo é *idiota* bajo el aspecto en que los antiguos toman esta expresion; es decir, porque no usó el Apóstol de ilusiones, de representaciones engaño-

(1) Ad Galat., cap. VI y VII. «Quod enim seminaverit homo, hoc, et metet.»

(2) «Lucrari injuriam hanc.» Act. 27, 21.

sas, ni de aquella peregrina y profana elocuencia que no debe emplearse para sostener la verdad. En la demostracion de esta por modos varios y sustanciales fué San Pablo elocuentísimo.

La confesion ingénua con que San Pablo se reconoce, aunque sábio, orador imperito (1), nada decide sobre la rusticidad de su diccion. Es preciso alejar del Doctor de la verdad una proposicion desmentida por todas sus obras. El quiere que entiendan los de Corinto, que para poseer y esplicar nuestros misterios, es necesaria una fuerza mas vehemente que toda la elocuencia y sabiduría humana; persuade, en fin, que todos los discursos serian inútiles si no fuesen acompañados de la gracia de Dios y del Espíritu Santo.»

Por último, Pablo busca á Pedro para morir en un mismo dia y sellar con su sangre una misma creencia: el Príncipe de los Apóstoles le recibe como auxiliar poderoso de la propagacion de la fé, elogia su conducta, y Roma presencia la muerte de estos dos infatigables caudillos de la religion, sin adivinar el gran valor de su sangre, derramada en bien de la verdadera libertad y del verdadero progreso de las naciones.

Entre los recuerdos mas gloriosos de la iglesia de España, entre sus mas brillantes titulos se cuenta el hecho de haberse propagado la fé por la predicacion de Santiago el Mayor, uno de los discípulos mas queridos de Jesus, y el primero entre los Apóstoles que bebió el cáliz que el Divino Maestro les habia prometido, sufriendo el martirio en el reinado de Hero-

(1) II, ad Corinth., c. II. «Et si imperitus sermone, non tamen scientia.» San Gerónimo, escribiendo á Paulino, dice lo mismo de San Juan, de cuyo Apóstol afirma San Dionisio de Alejandría haberle infundido Dios la sabiduría y la elocuencia.

des (1), once años despues de la Ascension del Salvador (2).

No han faltado escritores (3) que han pretendido arrebatarnos esta piadosa creencia; tradicion unánime que por espa-

(1) Hijo de Herodes el Grande, que reinaba cuando nació Jesucristo. Reinó siete años, y en el último persiguió á la Iglesia. P. Scío.

(2) Sobre el año en que Santiago padeció el martirio, dice el P. Mariana, hay alguna diversidad; mas del ciclo hebreo se saca que el año cuarenta y dos de Cristo los judíos celebraron su Pascua sábado á 24 de marzo, y comenzaron los días de los ázimos ó pan centeno, en los cuales, dice San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, que le dieron la muerte.

(3) El origen verdadero de todas las opiniones contrarias á esta tradicion, fué el haberse hallado hácia fines del siglo XVI un manuscrito de D. García Loaisa, Canónigo y Arzobispo que fué de Toledo, en el cual se daba por cierta una gravísima controversia propuesta y ventilada en el Concilio general Lateranense á presencia del Papa Inocencio III, entre D. Rodrigo Gimenez, Arzobispo de Toledo, y los de Braga, Tarragona y Compostela, sobre el primado de la Iglesia de España, que cada uno pretendia para la suya; escrito que se difundió por Europa y dió margen á que el Cardenal César Baronio, que antes habia confirmado la tradicion española en sus notas al Martirologio Romano, y despues en sus Anales Eclesiásticos, desdijese su primera opinion, ó por lo menos la pusiese en duda, retractacion que pudo tanto en el ánimo de S. S. Clemente VIII, que mandó corregir en el Breviario romano la cláusula afirmativa de la predicacion de Santiago en España, que se leia en tiempo de San Pio V. Aunque la tradicion nacional quedaba intacta, segun la nueva cláusula, era esta, no obstante, tan diferente de la antigua y tan ruidosa, que los españoles conocieron la necesidad de defenderse y de acreditar que su doctrina y conocimiento de la antigüedad cristiana no eran inferiores al hereditario amor y devocion que profesaban á su Apóstol y protector. Fueron tan eficaces estos escritos, que un nuevo decreto abolió en breve la cláusula Clementina y puso en su lugar la que hoy se lee, absoluta, afirmativa y sin restriccion alguna, de la venida y predicacion de Santiago en España.

Victoria tan completa dió mayor realce á la gloria de nuestra tradicion; pero por lo mismo exasperó mas al partido contrario. Volvió este poco despues á tomar aliento con ocasion de haberse copiado y publicado el manuscrito de Loaisa en tres sucesivas colecciones de Concilios, la primera de Severino Binio y las otras dos de los PP. Labbé y Harduino. Al fin del siglo pasado se declararon contra nuestra tradicion, Cristiano Lupo, Natal Alejandro y el señor de Tillemont, á los cuales han seguido al-

cio de mas de quince siglos ha reconocido el orbe católico (1), sostenido los Santos Padres (2), y sido además el fundamento de una devocion (3) hácia el Apóstol, que por sí sola

gunos autores. El Cardenal Aguirre, el marqués de Mondéjar, D. Mauro Castellá Ferrer, el P. Florez y otros varios españoles bien conocidos respondieron eficazmente á casi todas las dificultades contrarias: digo á casi todas, no porque nuestros apologistas hubiesen dejado de satisfacer á cuantas se les opusieron, sino porque hoy día se han complicado algunas de ellas con otros puntos controvertidos.

(1) Cuán constante ha sido en todo el orbe, lo dice Tomás Estapleton, doctísimo inglés católico, muerto en olor de santidad, año 1598, con estas palabras: «Es cosa cierta y fuera de duda que habiéndose primeramente predicado la palabra divina en la Judea y Samaria, segun el mandato de Jesucristo, distribuido despues el orbe, como en provincias, propagaron este Evangelio, cuya cabeza es Roma, Pedro en Italia, Pablo en Grecia, Andrés en Acaya, Juan en el Asia y Santiago en España.»

(2) La tradicion española tiene por testigos de esta inmemorial antigüedad dos de los mas ilustres Padres y Doctores, uno de la Iglesia latina y otro de la griega, que son, San Gerónimo y Teodoreto.

(3) «De dónde derivar, dice el erudito portugués Francisco Mácedo, de dónde derivar aquel religioso obsequio y devocion, aquellos votos, aquellas demostraciones, aquellos actos de gratitud y confianza de los españoles para con su Apóstol, y el continuo patrocinio para con los españoles, sino de haber habitado entre ellos, de haberles predicado y enseñado? ¿Por qué no se procuran otro patrono, escogiendo alguno de sus mártires? ¿Cómo podian conocer á Santiago, si no hubiese visitado las Españas é instruido sus pueblos? Ninguno debiera serles mas desconocido que él, si no hubiera salido de la Judea. Vivió poco: si hubiera muerto sin salir del estrecho recinto en que vivió, ¿quién le hubiera conocido? ó si lo conociese, ¿cómo le antepondria á los otros? Seria ciertamente mas puesto en razon dar el patronato á otro Apóstol. Y aun harian injuria los españoles al Príncipe de los Apóstoles San Pedro y á San Pablo, el primero de los cuales, segun Metafraste y otros, vino á España, ó si no vino, por lo menos le envió obispos.... De San Pablo testifica Mariana, con muchos autores, que vino á España; y si esto no se aprueba, por lo menos deseó y determinó venir, como claramente lo demuestra la Epístola á los Romanos.» Pero ¿qué tiene que ver, dirán algunos, el uso de esta devocion con la venida de Santiago á España? Responde el Doctor máximo de la Iglesia, San Gerónimo, quien refiriendo las suertes que dividió el Espíritu Santo á los Apóstoles para la predica-

sería prueba ostensible de lo que es para nosotros un hecho indudable y no merece los honores de una detenida refutación.

Privilegio odioso es en verdad el de querer introducir la duda allí donde está la creencia, la vacilación donde está la fé; y esa creencia y esa fé se convierten en manantial fecundo de consuelos y de esperanzas, como para España ha sido, como para España es hoy la certeza de haber tenido á Santiago vivo y poseerle muerto en el sepulcro de Compostela.

El nombre del Apóstol Santiago vá unido en nuestra pátria á sucesos notables, á conquistas sin número, á páginas que arrancarlas sacrilegos de la historia valdria tanto como destruir una gran parte de los fundamentos de nuestra gloria: Clavijo, Coimbra, Guadiana y Jerez fueron testigos de las maravillas que Dios obró por la intercesión de su discípulo amado; y por último, otra tradición no menos bella é interesante confirma lo que siendo objeto de controversia ha recibido providencialmente la sanción que mas apetece muchos en nuestros días, es decir, el testimonio y la sanción de los hombres.

¿Habrá, preguntamos, habrá quien se atreva á negar la venida á España de la Virgen Santísima en carne mortal y su aparición al Apóstol Santiago? El que esto hiciera debía comenzar olvidando el monumento que se alza en la heroica é in-

ción del Evangelio, añade que, según esta, dispuso que cada uno de ellos fuese sepultado en la respectiva provincia de su apostolado: *Ut alius ad Indos, alius ad Hispanias, alius ad Illyricum, alius ad Græciam pergeret, et unusquisque in Evangelii sui atque doctrinæ provincia requiesceret*. Dos cosas afirma aquí este Santo Padre: una, que vino á España uno de los Apóstoles; otra, que el país donde cada uno de ellos fué sepultado es el de su predicación. Es verdad que no expresa cuál fuese el que vino á nuestra pátria; pero además de decirlo en otro lugar, el haber sido sepultado Santiago en España es señal indudable, según él, de que predicó en ella.

signe ciudad de Zaragoza (1); debía prescindir de ese millar de españoles que acuden de todas las provincias para postrarse á sus piés; debía desconocer que el enlace de esas dos tradiciones constituye un elemento de vida moral en nuestra pátria, digno de ser respetado, porque la tradición no es simplemente una memoria de lo sucedido, sino el vínculo del pasado con lo presente y lo porvenir. «Sin la tradición, decía oportunamente el P. Lacordaire, la vida del hombre y la vida de los pueblos sería tan solo un conjunto informe de siglos, de años, de días, sin enlace ni interés alguno;» pretender destruir las tradiciones de un pueblo, añadiremos nosotros, es ofenderle, es herirle en lo mas íntimo de su conciencia, que es comunmente su corazón.

El primer nombre, pues, que debe figurar en la historia de la elocuencia sagrada española, es el del Apóstol Santiago, de cuyo estilo no nos ha quedado monumento alguno, si bien, y á

(1) Los agentes de la causa cesaraugustana sobre la venida de la Virgen del Pilar formaron un catálogo de autores posteriores al siglo XIV, en que además de innumerables españoles, citan catorce italianos, nueve franceses, nueve alemanes, doce flamencos, dos polacos y un dalmata, todos los cuales han dejado escrita la predicación de Santiago en España. La Real Academia lusitana de la Historia, que con el mas justo rigor literario, profunda crítica y erudición, ha descubierto y reprobado muchas obras y memorias apócrifas, aun aquellas que redundan en gloria de su nación y de la nuestra, cuenta y aprueba á favor de esta tradición hasta quinientos autores. ¿Qué entendimiento medianamente claro é ilustrado en este punto, con las noticias y unánime asenso de tantos y tan grandes escritores antiguos y modernos, podrá racionalmente dispensarse de darles crédito? ¿Quién pensará en posponerlos á Tillemont, á Natal Alejandro, á Cenni, á Sandini y á algunos otros, rarísimos por su número? Antes de dar por terminado este punto, que hemos creído conveniente esclarecer y al caso hace en nuestro libro, debemos recomendar la lectura de la *Justificación histórico-crítica* que sobre la venida de Santiago á España escribió el P. Juan José Tolrá, la disertación de D. Benito Clemente Aróstegui, la de D. Antonio Vargas Laguna, escritos entre otros recomendables y que hemos tenido á la vista para las notas anteriores.

pesar de la opinion del P. Mariana, se sabe de un modo positivo que hizo gran número de conversiones, no estando acordes todos los autores que hemos consultado acerca de quiénes fueron los siete discípulos que le ayudaron en su noble tarea y secundaron despues de muerto sus deseos (1).

Lo cierto, lo que no puede ponerse en duda es la mision que San Pedro y San Pablo confiaron á los siete varones de que hablamos, y sobre cuyo punto el Abad Fleuri sostiene que antes del siglo IX no se conocia monumento alguno que lo atestigüase, ignorando sin duda el contenido del Breviario Muzárabe y la existencia de un Códice antiguo que se conserva en la biblioteca del Monasterio del Escorial, llamado *Emilianense*, que no dejan duda alguna sobre este particular.

No fué de escasa importancia la predicacion de los primeros discípulos de Santiago, consagrados poco despues de su muerte en Roma por el Príncipe de los Apóstoles; siendo la Bética y sus contornos, segun se cree, los puntos principales que eligieron para ejercer su augusto ministerio, fundando varias sillas que aun hoy estentan orgullosas por este motivo su antigüedad. El celo que desplegaron los discípulos de Santiago para destruir

(1) El P. Mariana dice que los que mas discípulos cuentan del Apóstol Santiago son nueve, á saber: Pedro, obispo de Eborá en Portugal, en cuyo lugar otros ponen á Thesiphonte, obispo Bergitano, que fué una ciudad no lejos de la que hoy llamamos Almería; Cecilio Eliberritano, que era una ciudad cerca de donde hoy está Granada; Eufrazio Uliturgitano, segundo obispo de Avila; Indalecio Urcitano, Torcuato Accitano, obispo de Guadix; Hesichio Cartesano, no lejos de Astorga, y por conclusion Athanasio y Teodoro, guardas que fueron del sepulcro sagrado, como se tiene por fama.—Pelagio, obispo de Oviedo, cuenta por discípulos de Santiago á los siguientes: Calocero, Basilio, Pio, Grisógono, Teodoro, Athanasio y Máximo.—Por último, otros Ferreras, y dicen que fueron San Torcuato, San Tesifonte, San Segundo, San Indalecio, San Cecilio, San Esiquio y San Eufrazio.

la idolatria en España se halla demostrado por varios escritos, entre los que podemos citar los siguientes versos del himno muzárabe:

*Plebs hic continuo pervolat ad fidem
Et fit catholico dogmate multiplex.*

Hasta aquí los datos que hemos podido reunir acerca de la predicacion de los tiempos apostólicos en España, siendo muy difícil darse por satisfechos con las encontradas opiniones que al estudiar estas materias entorpecen la marcha del historiador y le obligan á dejar incompleto su trabajo, con preferencia á hacerse eco de los mismos defectos, minuciosidades y cavilaciones que halla en los demás.